

ROMA Y BILBILIS, TEMAS RECURRENTES EN LA POESIA DE MARCIAL

Elda E. CECCO
Angélica M. MANSILLA
Universidad Nacional de Cuyo

En el siglo I. d.C., cuando la civilización romana alcanza su mayor expansión y perfección y, por primera vez, desplaza y supera a la cultura griega, Roma se convierte en el centro de un inmenso imperio y asume el papel de conductora y unificadora de toda la cultura occidental. Como señala León Homo¹:

Ciudad de contrastes violentos, en la que la opulencia más fastuosa se avecina con la más lamentable miseria, la Roma imperial posee sus lagunas y sus tachas(...), pero para el viajero, (...), la impresión dominante es la de masa y esplendor.

Si bien numerosos escritores latinos de esta época celebraron su grandeza (por ej., Plinio el Viejo: *Hist. Nat.* XXVII.3; Tácito: *Hist.* IV.74 y Plinio el Joven: *Paneg.* 32), otros prefirieron mostrar sus contradicciones y describir o censurar sus vicios y miserias como Petronio, Marcial y Juvenal.

A ella confluyen los habitantes de las distintas provincias, atraídos por sus riquezas, cultura, refinamientos y vicios y Roma se constituye en la Ciudad por antonomasia. Es importante en este siglo la corriente inmigratoria proveniente de Hispania, muchos de cuyos integrantes se destacaron en Roma sobre todo en la actividad literaria, entre ellos Marcial. Nacido en BÍlbilis, ciudad municipal de la *Hispania Tarraconensis*, llegó en el 64 a Roma, en donde permaneció treinta y cuatro años, durante los cuales le tocó vivir uno de los períodos más convulsivos y de mayor decadencia moral del imperio.

Vino a Roma ilusionado por la esperanza de hacer fortuna y lograr fama literaria, como les había sucedido a algunos coterráneos suyos. El que estas ilusiones no se realizaran totalmente se manifiesta en la permanente contradicción e insatisfacción que, según Rostagni², constituye uno de los motivos dominantes de su obra. Contribuye a acentuar esta contradicción la comparación entre Roma y BÍlbilis, la que se expresa por medio de frecuentes antítesis entre la realidad y el recuerdo, entre el presente y el pasado, entre el aquí y el allí, que se dan, sobre todo, en el libro X de sus *Epigramas* -el último publicado en Roma en el 97- y en el XII -el único escrito en BÍlbilis, entre el 101 y el 102.

En los diez libros de epigramas anteriores, Marcial manifiesta frecuentemen-

1- HOMO, León. *Nueva historia de Roma*. Barcelona, 1971, p. 286.

2- ROSTAGNI, A. *Storia della Letteratura Latina*. Torino, 1964, v. 3, p. 106.

te su frustración por no haber logrado el apoyo económico de un Mecenas que le permitiera dedicarse sin sobresaltos a la labor literaria y culpa de la decadencia de la poesía de su época a la falta de patronazgo (cf. VIII.55.5-6; XI.3.7-10). A pesar de las numerosas adulaciones dirigidas a los emperadores Tito y Domiciano, que constituyen uno de los aspectos más criticados de su obra, obtuvo muy pocos beneficios de ellos, lo que lo obligó a convertirse en cliente de diversos patronos, como lo atestiguan numerosos poemas suyos en los que reitera la solicitud de dinero, regalos o beneficios. Esta actitud casi mendicante, que tanto choca a nuestra mentalidad, no era considerada criticable por los romanos libres de aquella época, para quienes era más deshonesto el trabajo remunerado. A Marcial, la vida de cliente se le presenta como el único medio para gozar de la ociosidad propia de un *ingenuus* (XII.3.6). Sin embargo, su disconformidad por la mísera existencia que debe llevar como cliente y por las obligaciones que ésta implica constituye otros de los motivos recurrentes de su obra.

Aunque él ha elegido voluntariamente este género de vida, en muchas ocasiones expresa las humillaciones y vergüenza que la misma le produce, por ej., en II.18 la considera semejante a la de un esclavo; en III.46, como propia de un libertino; en IX.92 la juzga más humillante que la esclavitud y en X.74 manifiesta la desazón que le produce esta situación a la que no le ve ningún fin. Como otro aspecto negativo de esta vida señala que le impide dedicarse a la tarea literaria (X.70; XI.24).

Frente a esta realidad, su desilusión se manifiesta a través de sentimientos contradictorios respecto a la ciudad. Por un lado, reconoce la grandeza de Roma, convertida en capital del mundo, a la que designa frecuentemente como *domina* (I.3.3.; III.1.5; X.103.9), y los beneficios que ha obtenido en ella (III.95.5-10). Por otro, se complace en presentar sus aspectos negativos, entre otros: el ruido ensordecedor y la vorágine de la vida ciudadana (IX.68 y XII.57); el espíritu crítico y burlón del público romano, que dificulta el triunfo de un escritor en Roma (I.3.2-12); la sobrevaloración de las profesiones que proporcionan dinero -abogados, aurigas, músicos, pregoneros, muleros, etc.- y el menosprecio de la labor poética (I.76; III.4; V.56; VI.8; X.74 y X.76); la deshonestidad y la corrupción como los únicos medios aptos para triunfar en Roma, lo que se manifiesta en tres de sus epigramas más amargos: III.38; IV.5 y VI.50. A pesar de los sentimientos negativos que le provoca la ciudad, el poeta sólo la abandonará circunstancialmente, para visitar su casa de campo o las de sus amigos. En una sola ocasión, entre el 87 y 88, se alejará de Roma para radicarse en el *Forum Cornelii* (hoy Imola). Según los críticos, esto se debió a la escasa repercusión que habían logrado sus dos primeros libros de *Epigramas*; según Marcial, contribuyó a ello el tedio que le producía su vida de cliente (III.4.6). Sin embargo, su ausencia duró poco tiempo pues la gran metrópoli cosmopolita le era necesaria como motivo de inspiración. Sólo Roma podría proporcionarle esa galería de tipos humanos, de vicios y de miserias que inspiraron gran parte de su obra, la que, como sostiene Marcial: *sabe a hombre (l...l hominem pagina nostra sapit*. X.4.10).

Cuando las vicisitudes de la vida de cliente se tornan insostenibles, Marcial

manifiesta su anhelo de una existencia más sencilla y práctica, sobre todo en el campo (cf. I.17; I.55; IV.66).

Si bien en los primeros libros Marcial describe los aspectos negativos de la vida en Roma, sin embargo no la condena explícitamente como lo hará en el libro X, al compararla con la vida en otros lugares. En X.12, la compara con Vercelas, donde su amigo Domicio podrá gozar del sol del que no se disfruta en Roma, como lo subrayan los adjetivos *albis y pallida*, atribuidos a sus habitantes, y la conclusión: *Sed uia quem dederit rapiet cito Roma colorem, /.../*. (v. 11). En X.30, se la compara con Formies, de la que destaca la tranquilidad del mar, la frescura del lugar y la abundancia de pesca, bienes de los que no se puede gozar en Roma (vv. 25-27). En X. 51, se la compara con Anxur, cuyas bellezas naturales el poeta describe por medio de personificaciones (v.3), circunloquios mitológicos (vv.1-2 y 4) y nominativos exclamativos (vv.6-9). A partir del coordinante adversativo *sed* (v.11) y a través de una enumeración polisindética negativa (vv. 11-14), le contraponen las construcciones más famosas de Roma (los dos teatros, las tres termas, los cuatro foros, los templos), de los que carece la ciudad marítima. Todos estos edificios, construidos por el hombre, simbolizan las actividades ciudadanas que, según el poeta, le han arrebatado días de su vida a su amigo Faustino. El rechazo de esta vida se sintetiza en el verso final en las dos oraciones exhortativas antitéticas que Faustino dirige a los ciudadanos romanos: *Quae tua sunt, tibi habe; quae mea, redde mihi*. (v.16). En X.58 se contraponen distintos lugares y momentos, señalados por los adverbios *dum y nunc* y por el cambio de tiempos verbales. En el primer momento, referido al pasado, el poeta exalta el ocio y la tranquilidad de Anxur, Bayas y otros lugares agrestes, propicios para la creación literaria. En el segundo, referido al presente, describe la vorágine de la vida en Roma, cuyos efectos destructores y esterilizantes se subrayan mediante verbos de hondo contenido destructor: *terit, iactamur y perit*.

Este rechazo y hastío de la vida ciudadana se intensifica en las composiciones del libro X en que se contraponen Roma y Bilibis, aunque su nostalgia y hondo hispanismo ya estaban presentes en libros anteriores. Así en I. 49, el poeta describe precisa y emotivamente diversos lugares de Hispania y valora la sencillez de la vida provinciana frente a las exigencias y perturbaciones de la ciudadana, claramente señalado por la reiteración de los adverbios *nusquam* (v. 31) y *procul* (vv.32-33). Su hispanismo está también presente en IV. 55 en que se muestra orgulloso de la rudeza de los nombres geográficos hispanos, frente a la predilección de otros autores de su época por los nombres griegos. Es que Marcial, como todo inmigrante, vive un doloroso desdoblamiento entre la añoranza de su tierra y el pasado, y la realidad de su presente en Roma. Esta añoranza se torna más acuciante en sus últimos años en Roma, como lo revelan varios poemas del libro X, en los que se insinúa, cada vez con mayor fuerza, su intención de regresar.

En X.20 señala la nostalgia por sus amigos como uno de los motivos que lo impulsarían a abandonar Roma. En X.30 se evidencia ya la proximidad de su partida. En este poema contraponen Laurento a Hispania y destaca la abundancia y superioridad de los productos de la caza y de la pesca en esta última. La

contraposición está marcada por medio de construcciones comparativas (vv. 7-11) y de los deícticos *hic e illic* (vv. 13-15). Al final Marcial manifiesta su rechazo por los alimentos que se adquieren en los mercados, motivo reiterado en otras composiciones (III.47; III. 58 y X. 96).

En X.96 su añoranza por BÍlbilis es tan intensa y esencial, como lo revela el uso metafórico del verbo *sitiám* referido a lugares, lo que provoca la admiración de su amigo Avito, para quien resulta incomprensible esta nostalgia en alguien que, como Marcial, se ha vuelto viejo en Roma. El poeta contrapone Roma y BÍlbilis a través de una serie de antítesis señaladas por los deícticos *hic e ibi*. En la primera, reforzada por el uso del mismo verbo en voz activa y pasiva (*pascit, pascitur*), destaca la feracidad espontánea del campo en BÍlbilis. En la segunda y tercera, compara la carestía y escasez de la leña y de los alimentos en Roma, con la abundancia de los mismos en BÍlbilis y reitera su rechazo por los alimentos comprados. En la cuarta, compara la cantidad de togas que son necesarias en Roma en una sola estación, con el escaso uso de éstas en BÍlbilis, lo que se expresa con antítesis y juegos de palabras. En los últimos versos sugiere irónicamente lo necio que sería preferir continuar siendo un cliente en Roma, cuando puede ser libre en su tierra natal.

En X.103 Marcial manifiesta su preocupación por el modo como lo recibirán sus compatriotas. Considera que ellos deberían sentirse orgullosos de él por la trascendencia que ha dado a BÍlbilis a través de su obra. Después de una suscita referencia a los años pasados en Roma, en la que la ciudad es presentada como la causante de su envejecimiento (*/.../ mutauere meas Itala regna comas. v.10*), advierte que su permanencia en BÍlbilis dependerá de los posibles sentimientos de sus coterráneos, como lo expresan las proposiciones condicionales antitéticas con que se cierra el poema: *Excipitis placida reducem si mente, uenimus; laspera si geritis corda, redire licet.* (vv. 11-12).

En X.104, dirigido a su libro, que lo precederá en su regreso, el poeta le indica precisamente el itinerario que deberá seguir para llegar a BÍlbilis. A la pervivencia de estos lugares en su recuerdo, se agrega la nostalgia de sus viejos amigos.

Además de la añoranza de su patria y del hastío de Roma, fortalecieron su decisión de regresar los cambios políticos y morales que se habían producido en la capital después del asesinato de Domiciano, en el 96. Dado el nuevo clima moral instaurado por Nerva y Trajano, Marcial intentó retractarse de su antigua lubricidad y de sus adulaciones excesivas a Domiciano; prueba de ello es la reedición del libro X. Pero no consiguió ser aceptado por los nuevos gobernantes y su cambio de actitud provocó un rechazo general.

En el 98 regresó a BÍlbilis, gracias a la ayuda económica que le brindó Plinio el Joven. Allí escribió su último libro de *Epigramas*, el XII, en algunas de cuyas composiciones expresa la alegría que le ha producido su retorno.

En XII.18, dirigido a Juvenal, al ajeteo de la vida de cliente que debe llevar su amigo en Roma (vv.1-6), contrapone su descansada y tranquila vida de campesino en BÍlbilis (vv. 7-9). A partir del v.10, describe los goces de esta vida, señalados por el deíctico *hic*: un trabajo liviano, un descanso prolongado que le

permite reponerse del cansancio acumulado en Roma, el no verse obligado a vestir la toga, la abundancia de fuego en el hogar y de alimentos, y la vida más llevadera de los esclavos.

En XII.60 compara la sencillez del festejo de su cumpleaños en BÍlbilis con las molestias que la misma celebración le ocasionaba en Roma, subrayada por la antítesis de los vv.5-6: *!...! da ueniam seruire meis quod nolo Kalendis! et qua sum genitus uiuere luce uolo*. Esas molestias, que se describen en una serie de construcciones de infinitivos prolépticas (*Natali pallere suo, !...!, turbida sollicito transmittere Caecuba sacco; latque inter mensas ire redire suas; ! excipere hos illos et tota surgere cena !...!* vv.7-12), constituían para él un sufrimiento como lo expresan los verbos *perferre patique* (v.13).

En XII.68 Marcial, convertido ahora en patrono, se queja de que su cliente lo moleste con el saludo matutino. Recuerda que la vida de cliente fue la causa de su alejamiento de Roma y añade que desea gozar del ocio y del sueño que aquella le quitó, idea que ya ha manifestado en varios poemas (cf. IX.68; X.74; X.82).

Sin embargo, en esta euforia motivada por su regreso comenzará a insinuar-se la nostalgia de Roma. En XII.2, dirigido a su último libro que enviará a Roma, Marcial le va indicando minuciosamente los distintos lugares que deberá recorrer en aquella ciudad hasta llegar a la casa de su amigo Estella. El poema recuerda al X. 104, pero en éste se invierten los motivos generadores del recuerdo, ya que es Roma y no BÍlbilis la que ahora los suscita.

La lejanía parece haberle hecho olvidar los aspectos negativos de la gran ciudad y valorarla en toda su grandeza, como lo señala en XII. 8.1-2: *Terrarum dea gentiumque Roma, ! cui par est nihil et nihil secundum, !...!*

En XII.21, dirigido a Marcela, su protectora y benefactora en BÍlbilis, Marcial celebra en ella, no su bondad y generosidad, sino las cualidades que la asemejan a una matrona romana (vv.3-8) y confiesa explícitamente su nostalgia por Roma, a la que sólo puede mitigar la presencia de Marcela: *Tu desiderium dominae mihi mitius urbis lesse iubes: Romam tu mihi sola facis*. (vv.9-10).

El entusiasmo y la alegría del regreso se han transformado en melancolía. Como sostiene Luigi Pepe³: *!...! il desiderio della vita di Roma gli opprime l'anima; e, benchè non osi dirlo apertamente, non ama che quel che gli ricorda la capitale lontana*.

Esto aparece claramente expresado en la epístola a Terencio Prisco, que sirve de introducción al libro XII. En ésta el poeta se disculpa por lo poco que ha escrito durante los tres años de permanencia en BÍlbilis y señala algunas de las causas de esta indolencia: la ausencia de un público apropiado para su obra, la falta de un entorno cultural motivador (sutileza de juicio, ingenio, bibliotecas, teatros, reuniones) y la mordacidad y envidia de los pueblerinos en lugar del juicio crítico propio de sus lectores romanos. Por primera y única vez, en esta epístola, Marcial critica la vida provinciana y en ésto se refleja su desencanto al comprobar que no coincide con el recuerdo idealizado que de ella mantuvo durante su permanencia en Roma.

En conclusión, se puede afirmar que estos dos espacios, Roma y BÍlbilis, jue-

3- PEPE, Luigi. *Marziale*. Napoli, 1950. p. 106.

gan un papel decisivo a lo largo de toda la poesía de Marcial.

Si bien el recuerdo de BÍlbilis o el deseo de una vida simple en el campo le han inspirado algunas de sus composiciones de mayor contenido lírico, sin embargo es Roma la principal motivadora de su poesía, como lo prueba el hecho de que, lejos de ella, disminuya su producción literaria.

Marcial cultivó el epigrama satírico, humorístico y mordaz y ningún otro sitio, excepto Roma, podría proporcionarle los tipos humanos, vicios y perversiones de la vida humana que nutren su poesía. La obra de Marcial, realista, caricaturesca, escabrosa y sin intenciones moralizantes, nos ofrece, como quizás ningún otro autor latino, un fresco vívido y palpitante de la sociedad romana de su época, especialmente de los sectores más necesitados. Como sostiene P. Grimal ⁴:

Poésie de la vie quotidienne, de la 'vérité', sous ses formes les plus choquantes, le recueil de Martial fourmille d'anecdote, de faits divers, de scènes pittoresques, qui nous rendent une Rome familière et haute en couleurs. Il sert, depuis longtemps, de mine où puisent les historiens des moeurs /.../.

Marcial, como toda persona que ha vivido mucho tiempo lejos de su patria, sufre un doble desarraigo, pues tanto en Roma como en BÍlbilis se siente extranjero y añora permanentemente los lugares dejados. Esto se refleja en su poesía en la reiteración de la contraposición entre ambos lugares. Pero esta oposición no se establece entre las dos ciudades sino entre el recuerdo idealizado, motivado por la lejanía, y la realidad. Esta antítesis constituye un aspecto más de la permanente insatisfacción que caracteriza la vida de Marcial y contribuye a dar coherencia a su obra.

⁴- GRIMAL, Pierre. *Le lyrisme à Rome*. Paris, 1978. p. 233.